



GONZALO FERNANDEZ DE LA MORA

"Ni "bunker" ni bandera blanca". "Deseo que gane el Estado del 18 de Julio"

ME recibe en su despacho de director de la Escuela Diplomática. «Por aquí pasa media España... Vienen a verme, a inquirir mi opinión sobre tal o cual tema... ¿Fuma usted, Pilar?»

Ha estudiado concienzudamente un «cañamazo» con docenas de preguntas que le envió hace... Y ahora, sin embargo, se aventura por las trochas de una conversación improvisada. Aunque, sin saber por qué, tengo la sensación de que Gonzalo Fernández de la Mora no repentina un pensamiento jamás, jamás.

Diplomático desde 1947, ha desempeñado puestos en Francfort, Bonn y Atenas.

—¿Ve esta foto de los Príncipes? Es la primera que dedicaron después de la boda. Yo estaba entonces en Atenas, precisamente.

Es embajador de España. Durante cuatro años fue ministro del Gobierno español. Ministro de Obras Públicas.

Es un hombre erudito y brillante. «Hay gente —comentaba un periodista— que piensa que merece la pena oírle hablar, aunque no se entienda lo que dice.» Su pensamiento político es inamovible: hombre del Sistema, estadista de «derechas» (sé que al leer esta palabra que he puesto entre comillas la englobará con bolígrafo rojo y sacará un cabo de trazo hacia el margen del periódico, para apuntar entre interrogantes: «Derechas..., ¿con respecto a qué?»)

Autor de ocho libros y de numerosos estudios de Filosofía y Derecho Público. Tiene cuatro hijos, vive en Puerta de Hierro, ha cumplido los cincuenta y un años. Escribe en su casa los viernes, sábados y domingos. Dirige la Escuela Diplomática y... vela las armas para una posible inmediata presencia en la palestra del asociacionismo político.

—El debate político se centra en torno a la reforma constitucional. ¿Es usted partidario?

—No. La nación votó unas Leyes Fundamentales que están funcionando eficazmente y que aún no se han aplicado en su integridad. ¿Por qué modificarlas? Reformemos a España para hacerla cada día más ordenada, justa y próspera. Pero no reformemos ahora al Estado del 18 de Julio, que es el mejor instrumento de progreso que hemos tenido, por lo menos, en la Edad Contemporánea. Me inspiran poca adhesión quienes tratan de contagiar a los españoles la «manía constitutiva» que padecemos durante el siglo XIX, con tan malos resultados. ¿Se imagina usted a un escultor que se pasara la vida preparando los cinceles? Pues

eso es lo que recomiendan los que intentan sumirnos en la epilepsia constituyente.

—Eso intentos, ¿son lo que usted llama «los suicidios de España»?

—La liquidación del Estado del 18 de Julio y el retorno a la alternativa «o demoliberalismo o marxismo» de 1936 me parecerían un retrocambio y una inducción al suicidio colectivo.

—¿Cuántas veces, en su opinión, «se ha suicidado» España? ¿O sería esta la primera vez?

—Desgraciadamente, no. El inventario de tentativas españolas de suicidio es numeroso. Contra la Monarquía gótica los disidentes llamaron en su auxilio a los musulmanes. Los legitimismos dinásticos y las ambiciones sucesorias frustraron la unidad de los reinos cristianos. Muchos prefirieron a la Beltraneja en vez de a Isabel la Católica, y a los Comuneros en vez de a Carlos V. Hubo quienes insistieron en el separatismo en la hora del Imperio. Pero el siglo de la obsesión suicida es el XIX: los afrancesados pusieron en peligro la existencia nacional; los doceañistas malhirieron a la conciencia hispana unitaria; los golpistas liberales impidieron la defensa de América; los primeros republicanos derrocaron la institución monárquica y por poco acaban con todo lo demás; la Prensa partitocrática nos empujó a la catástrofe del 98, y los berengüistas, con la intención de retornarnos a la normalidad, nos encaminaron a la guerra civil. Ahora hay quienes se empeñan en repetir la operación Berenguer-Aznar, es decir, que ni siquiera son originales en el procedimiento. No sería la primera vez que intentamos el suicidio con la misma arma.

—Pero el pueblo español, que está muy politizado, aspira al cambio...

—Los pueblos rara vez se autopolitizan, casi siempre son politizados por la clase dirigente y por los medios de comunicación. Este es el caso de los españoles actuales, sometidos a diario a un tratamiento politizador de choque, uno de los más enérgicos que han padecido. Yo no acierto a explicar las ventajas sociales de tal operación,

que, en parte, reviste los caracteres de un lavado de cerebro. A pesar de ello, creo que lo que desean los españoles no es el cambio, sino la continuidad del extraordinario progreso de los últimos años.

—¡Ah! ¿Sí? Sin embargo, todo parece diagnosticar un afán de novedades que nos espabila y nos inquieta. Como si estuviésemos en el umbral de «otra cosa»...

—Yo espero que tan reiteradas invitaciones a la llamada «ruptura democrática» produzcan más temores y desconfianzas que deseos de saltar en el vacío.

(La imagen acrobática de salto en el vacío me hace evocar inmediatamente la declaración de Fuego Álvarez en términos parecidos sobre los ánimos de cambio constitucional. Apunto la asociación de ideas.)

INTERINIDAD Y ASOCIACIONES

—No obstante, se vive en España ahora con sensación de interinidad institucional, como si estuviéramos a la espera de los acontecimientos... Será una opinión pública manipulada, pero no deja de ser un estado de opinión real.

—Lo admito; pero ello, en vez de alegrarles, les inquieta y crea un clima de inseguridad. Y, ¿por qué esta sensación? Porque no cesa de recomendárseles y de anunciárseles el cambio. Todavía en diciembre de 1973 no existía tal conciencia de interinidad, a pesar de que las condiciones estructurales eran análogas. Pienso que no estamos ante un estado de ánimo espontáneo, sino fabricado. Yo recomendaría a la minoría pensante y parlante que, en vez de fabricar una sensación de interinidad, creara una conciencia pública de seguridad y de continuidad. En esto consistía la esencia de la política del almirante Carrero.

—¿Contribuirá el asociacionismo a restablecer la confianza?

—Si son muchas las Asociaciones, no. Pero sería muy distinto si fuesen sólo dos. Esta fue la fórmula británica al liquidarse la Monarquía absoluta, y la turca a la muerte de Atatürk, y también la de la actual revolución brasileña después de abolida la partitocracia. La atomización o la integración no dependen de las masas, sino de la clase política. Cuando es solidaria y personalista crea la fragmentación y el desgobierno. Si es solidaria y nacional produce la concentración y la eficacia. De momento estamos asistiendo a la atomización, sobre todo en nuestro campo. A pesar de sus divisiones, es mayor la convergencia de los que están fuera, o sea, de los que no han aceptado la reconciliación y alimentan el revanchismo.

—Entonces, ¿no opina usted, como tantos ilustres encéfalos politicopensantes, que el Estatuto de Asociaciones es estrecho?

—Si lo fuese no estaría dando lugar a tanta asociación. Sus defectos son otros.

Pregunto ahora al teórico-político, al contemplador de una larga etapa histórica española desde esa doble perspectiva, óptica ideal para la síntesis: la política activa, el puesto de Gobierno y la reflexión intelectual desde fuera.

LOS POLITICOS DEL FUTURO INMEDIATO

—¿De qué políticas y de qué políticos ha carecido nuestra sociedad desde 1939? ¿Qué política o qué políticos se necesitarán «pasado mañana»?

—Un estadista, como un gran filósofo, no aparece todos los días. La formación de un hombre de gobierno requiere una serie de

ENTREVISTAS POLITICAS
POR
PILAR URBANO

circunstancias excepcionales: talento, vocación, oportunidad, experiencia y prestigio. Para el futuro deben ser utilizados los intelectuales, los profesionales, los artistas y también los hombres de gobierno de que ya disponemos. La jubilación anticipada de los valores no produce automáticamente nuevos valores, sino que suele ocasionar el ascenso de las mediocridades. Sólo a éstos favorece la consigna facilona de las «caras nuevas», que para los pueblos resulta un pésimo negocio. Los hombres del futuro deben ser los mejores ya conocidos (no los fracasados antes de 1936 que algunos nos redescubren) y los que vayan surgiendo. Siempre serán una minoría.

—¿Qué opina usted de la llamada «apertura», y en qué posición se sitúa «antes de librarse la batalla...»?

—Que lo mismo que en el ajedrez, la apertura es lo fácil; lo difícil viene luego. Una apertura es buena si permite ganar; pero es mala si le dan a uno mate. De ahí la trascendencia de los primeros movimientos, que no pueden ser nunca frívolos. Mi deseo es que el Estado del 18 de julio gane la partida.

NI «BUNKER» NI BANDERA BLANCA

—Ya en el terreno de la estrategia ajedrecista, ¿preconizaría usted el enroque, o lo que algunos llaman el «bunker»?

—No me gusta el «bunker». Me gusta menos la bandera blanca. Y repudio el pasarme al enemigo, que es lo que recomiendan los antibunkeristas. Aspiro a la victoria: en este caso, que no se malogre la Victoria, con mayúscula, que ganaron nuestros padres.

—¿Qué piensa del inmovilismo?

—Que es un sarcasmo de lesa inteligencia tachar de inmovilistas a los partidarios del Estado que más activa y velozmente ha impulsado a España, al factor más dinámico de nuestra historia contemporánea. Me parece, en cambio, que es como un afeitado macabro presentar como movilista al marxismo, que es precisamente el arquetipo del monolitismo dogmático. Creo que debemos dejar el primitivo juego de los motes e ir a las definiciones.

—Se ha dicho que quizás se resucitaría «Acción Española», y que usted se encontraría dentro del grupo como figura destacada. ¿Qué hay de ello?

—Quienes hayan leído mis libros saben que mi pensamiento político responde, esencialmente, al espíritu de «Acción Española» que fue, por cierto, uno de los núcleos doctrinales del 18 de Julio; yo creo que el dominante. Lo que propugnó, hace un año, en mi discurso del centenario de Maeztu y Pradera fue la formulación de una Unión Institucional de los que defienden el sistema. Pero aún no se ha podido constituir. Si se fuese a una confrontación electoral a nivel de masas, la fragmentación del frente nacional sería el mejor regalo que cabría hacer al frente marxista.

—Cuál sería su programa, si volviera a funcionar «Acción Española»?

—Unidad nacional con regionalización administrativa. Sindicalismo unitario. Solución jurídica de los conflictos sociales. Monarquía limitada. Bicameralismo. Separación de la función legislativa y de la ejecutiva. Representación orgánica. Racionalización de la Universidad en función de las necesidades reales. Rearme intelectual. Iniciativa privada con acción subsidiaria del Estado. Planificación económica vinculante. Igualdad absoluta de oportunidades. Cogestión empresarial. Seguridad social generalizada. Limitación de las rentas máximas y de la herencia. Abolición de privilegios. Y redistribución de las responsabilidades y de los ingresos en función del rendimiento social de cada uno. El Estado que más se ha parecido a este esquema es el del 18 de Julio. Por eso creo que la tarea no es cambiarlo, sino perfeccionarlo cada día.

LA MONARQUÍA DEL FUTURO

—¿Cómo definiría su monarquismo, esa «monarquía limitada»?

—Mi monarquismo nunca ha sido ni legitimista ni nominalista, ha sido empírico y racional; hoy es, además, legal, de aceptación de la Constitución. Creo que la Monarquía



● **“Cualquier monarquismo que no consista en respaldar al Príncipe de España equivale, de hecho, a trabajar en favor de la república”**

● **“Al comunismo le pasa lo que al monóculo: es sencillo, pero funciona mal”**

instaurada en el Príncipe de España es la mejor fórmula para garantizar la continuidad de nuestro Estado.

—Su monarquismo, ¿no ha sido más teórico que activo?

—Algo he escrito sobre la Institución; pero, además, creo que, dentro de mi generación, me cuento entre los que más han hecho para que, en lugar de una república, tengamos una Monarquía encarnada en nuestra dinastía reinante.

—¿Cómo enjuicia las actitudes de otros pretendientes a la Corona? Usted ha sido miembro del Consejo privado de don Juan...

—Cualquier monarquismo que no consista en respaldar al Príncipe de España equivale, de hecho, a trabajar en favor de la república. Es, pues, una contradicción práctica.

—¿Por qué rechaza el sistema demoliberal de partidos?

—No lo rechazo para Inglaterra, por ejemplo; pero no lo propugnaría para la España actual. En primer lugar, por acatamiento de las Leyes Fundamentales. Y, en segundo lugar, porque la Historia demuestra el reiteradísimo fracaso del sistema en nuestro país.

—En las actuales circunstancias, que no son las de los doceañistas, por ejemplo, tal vez podría funcionar...

—Cuando un paracaidas falla diez veces, no es imposible que se abra a la undécima, pero yo no lo probaría con seres humanos. Eugenio d'Ors solía repetir: «Los ensayos no con dinamita, sino con gaseosa». De acuerdo con aquél gran pensador español, diría que no es lícita la temeridad cuando se juega con el bienestar de millones de compatriotas.

—De su esquema de «Acción Española» deduzco que tampoco es usted partidario de la nacionalización de los medios de producción y del crédito.

—No soy estatificador por principio; pero lo soy en aquellos casos en que la nacionalización incrementa los beneficios sociales y suprime injusticias. Cada situación concreta requiere un análisis pormenorizado. En general, la propiedad privada ha sido el invento económico más rentable de todos los tiempos. Gracias a ella se han obtenido fabulosos rendimientos del hombre. Lo que hay que abolir no es la propiedad, sino las desigualdades injustas.

—Que existen, no obstante, en una socie-

dad que se dice justa...

—Evidentemente; pero no son mayores que allí donde se ha estatificado todo y ha surgido una «nueva clase» todavía más privilegiada que la capitalista, porque además del poder económico posee el político. Y, por añadidura, no ha tenido éxito, porque ha deshumanizado a las gentes y, o las ha empobrecido o las ha enriquecido menos que las sociedades con iniciativa privada.

POSTURA ANTE EL COMUNISMO

—Aparte las razones fundamentales, ideológicas ¿que experiencia práctica invalida, para usted, el sistema comunista? ¿Por qué no es usted comunista?

Yo no soy comunista, entre otras razones, porque allí donde el sistema se ha aplicado ha fracasado técnicamente. Al comunismo le pasa lo mismo que al monóculo; es sencillo, pero funcional mal.

—Funciona mal, pero existe y con fuerza de propagación...

—Porque es una ideología de dominación al servicio de una oligarquía y de un nuevo imperialismo, y porque, aunque satisfaga muy pocas necesidades nobles, satisface bastante bien los resentimientos. Pero esta última es una satisfacción muy efímera que desaparece tan pronto como la cercan la pobreza y el miedo. Por eso el comunismo, una vez instaurado, necesita telones de acero y tanques para subsistir. Los austriacos, que lo conocieron bien antes de que el Occidente consiguiera liberarlos, no eligen ni a un solo diputado del partido comunista.

Hablamos ahora, Gonzalo Fernández de la Mora y yo de su reciente viaje a Austria, para asistir a una reunión de directores de Escuelas Diplomáticas europeas. Allí se ha hablado, sin duda, de la forja de los nuevos políticos y expertos en relaciones internacionales. Después fondamos de nuevo en el tema del marxismo. Fernández de la Mora se refiere a él con contundencia: «Es la sífilis —dice— de la sociedad actual: la corroe y degrada sin llegar a destruirla.» Cuando quiero saber su opinión acerca de la traída y llevada «secuencia» de la felicitación del Gobierno al Príncipe de España, y su respuesta evocadora de las enseñanzas recibidas desde la niñez, Fernández de la Mora hace una finta leve pero eficaz:

—No pude verlo... ni siquiera por la televisión: yo estaba en Viena.

—¿Qué consecuencias políticas deduce usted de la crisis económica mundial?

—Las mismas que Kissinger: para hacer frente a los grandes problemas de la balanza de pagos y del encarecimiento energético hacen falta poderes ejecutivos robustos. La actual coyuntura económica es la menos indicada para desarmar al Estado. Quienes en cualquier nación occidental no productora de petróleo y, especialmente, en las de poca capacidad exportadora, presionan a los gobiernos para debilitarlos y para que se lancen por la línea de las concesiones demagógicas, están contribuyendo a la descapitalización, a la recesión, al paro y, en definitiva, a la quiebra del Estado. Esta es una hora histórica de autoridad.

En esta hora de cambios y giros, Fernández de la Mora es un hombre político —aunque él afirme estar exento de ambición política personal de presencia— que se mantiene en sus trece. Hace treinta años que piensa, dice y escribe en una misma línea, sin desviarse un centímetro de lo que con razón se ha calificado de «ideología del Régimen».

Fernández de la Mora es uno de los más destacados teóricos —¿o el que más?— de la posibilidad histórica de un franquismo sin Franco.

Fotos: Sanz BERMEJO.